



Algunos tesoros escondidos en comunidades pobres de la sierra

Pierre de Zutter

4 de octubre de 2005

¿Cómo lograr que el dinero que el Estado invierte en comunidades campesinas tenga el mayor impacto posible, dé todos los frutos esperados, y mucho más? También el dinero de instituciones varias, de los municipios, de los ciudadanos originarios de las comunidades, de las empresas que, por una razón u otra, deben o quieren contribuir al desarrollo rural de su entorno...

Fuimos contratados por el Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola (FIDA) a fin de realizar un estudio sobre las características de la pobreza en zonas de Apurímac, Ayacucho y Huancavelica donde el Gobierno Peruano pretende implementar un nuevo proyecto de desarrollo rural con financiamiento del FIDA. Durante quince días estuvimos recorriendo ocho comunidades, conversando con las familias y los dirigentes, escuchando sus deseos y sus sueños, sus experiencias, sus interpretaciones.

¿De qué habrá servido todo esto? ¡Un estudio más! ¿Acaso ya no existen tantos? ¡Y tantas estadísticas! ¿Acaso se necesitan nuevos estudios cuando ya se tienen proyectos como MARENASS y CORREDOR cuyos resultados demuestran que se cuenta con herramientas útiles para trabajar bien con las comunidades campesinas del Perú, brindándoles recursos y oportunidades para que ellas mismas hagan, digan, contraten, evalúen, negocien?

Precisamente nuestro desafío no estaba en acumular más datos sino en tratar de entender mejor lo que quiere la gente y en hallar algunas pistas para mejorar aún más los proyectos nuevos. Aquí queremos compartir algunas de ellas.

¿Y los más pobres?

¿Entender? Claro. Las familias y comunidades tienen su propia percepción de lo que es pobreza, de lo que puede ser riqueza: mejor se dialogue entre visiones, mayor ha de ser el impacto de la inversión. Además, siempre está la duda: ¿y los más pobres?, ¿podrán beneficiarse con estas oportunidades?

Sobre esto último, buscábamos detectar si las diferencias entre comunidades ameritan que el nuevo proyecto diversifique sus estrategias y sus herramientas según los tipos de comunidades. De hecho, comprobamos que los contrastes son a veces muy grandes... pero que resulta difícil establecer categorías operativas.

Santiago de Yaurecc, en Andahuaylas, tuvo que trabajar siete meses en faenas comunales para lograr la carretera que le abre la comunicación hacia Chiara y el resto del Perú, mientras

Pampalca, en Huancavelica, tiene el apoyo de la mina Cobriza para infraestructuras como colegio secundario, loza deportiva, refacción de la iglesia, etc. Pero *Santiago de Yaurecc*, que podría estar entre los “más pobres”, como *Cedro* en Huancavelica, cuenta con un club de residentes de 400 afiliados en el Callao mientras *Cedro* casi ni mantiene relación con sus migrantes. *Pampalca* parece tener muchas potencialidades, estar entre las más beneficiadas, pero todos sus jóvenes hablan de irse, mientras *Santa Rosa* de Huac-Huas, en Ayacucho, lo hizo casi todo con esfuerzo propio y sus jóvenes hablan de formarse para quedarse, para volver. *Santa Rosa* de Huac-Huas es una comunidad ex-Marenass y alegre con su dinámica organizativa en que todos participan, hablan, sueñan, mientras en *Ocobamba*, en Apurímac, otra comunidad ex-Marenass, los más pobres se quejan de haber quedado al margen de un proceso positivo para la mayoría.

Entonces, ¿de acuerdo a qué criterios agrupar las comunidades? Vimos que no se trata tanto de separarlas en categorías rígidas y que el proyecto tenga herramientas específicas para cada “tipo” de ellas. Más bien, lo importante es la emulación y el interaprendizaje entre comunidades y entre familias, por tanto entre vecinos, con sus diferencias, cuidando por supuesto la flexibilidad en el empleo de las herramientas, la secuencia en su uso, evidentemente con algunas medidas que fomenten la incorporación de los más desfavorecidos a la dinámica.

La pista de la “familia incompleta”

¿Y los más pobres? Seguía la preocupación... ¡Porque hay más y menos pobres en las comunidades! ¿Algo habría de hacerse al respecto? El quechua nos brindó una pista que merecería ser profundizada. *Waqcha* significa a la vez huérfano y pobre. *Waqcha* es un poco lo *económicamente inviable* de la nueva terminología internacional. Y en las comunidades a menudo se considera que el inviable es aquel que carece de una de las condiciones básicas para desempeñarse en el grupo, con el grupo: una familia completa. Así, en casi todas las comunidades encontramos que los más pobres estaban entre las viudas, las madres solteras, los huérfanos, los ancianos abandonados por hijos que se alejaron y no colaboran.

Nos pareció que ahí estaría una puerta para un proyecto que pretende brindar oportunidades para salir de la pobreza, para desarrollar la riqueza de las comunidades. Con la condición de entender qué es “familia” en los Andes, de no reducirla al concepto occidental de “familia nuclear”, de verla más bien como una red social fluctuante, como una unidad económica flexible que depende en gran medida de su capacidad de juntarse con otros, de hacer alianzas, de entrar a la reciprocidad.

Esto significaría entonces que un criterio básico de “riqueza” sería la red de relaciones con las cuales interactuar, complementarse, ayudarse. Y eso tanto para la “familia” como la propia “comunidad”.

Esta pista nos comenzó a posibilitar otra lectura de muchos elementos encontrados en las comunidades. Por ejemplo, existen también “familias incompletas” cuando el hombre tiene que migrar por varios meses para traer un poco de dinero. Por ejemplo, empezamos a ver que ciertas familias nos aparecían más “ricas” cuando se notaba que ambos, hombre y mujer, compartían el esfuerzo, tenían un sueño común, se “completaban”. Por ejemplo, *Santa Rosa de Huac-Huas* se nos pintó “rica” cuando comprobamos que los mayores rodeaban y apoyaban a los jóvenes con los que conversábamos, cuando los varones y los hijos acompañaban sin desplazarlas a las mujeres con las que habíamos querido reunirnos; cuando descubrimos todo lo que se hace y piensa hacer con los residentes, con los profesionales originarios de la comunidad, con las visitas a ciudades y parientes. Por ejemplo, comprendimos que si en *Cedro* sentimos mayor pobreza es en gran medida porque las mujeres son relegadas, negadas a los contactos con el exterior, a las reuniones y debates entre ellas, desaprovechadas en sus aportes a la riqueza de las familias, de la comunidad: ¡una comunidad incompleta, con familias incompletas!...

No se trata de menospreciar tantos otros factores de pobreza y riqueza, como por ejemplo el acceso a todo tipo de recursos, pero nos pareció que ahí está una pista importante para afinar y mejorar el enfoque y el desempeño de un proyecto, entendiendo mejor qué es pobreza en los Andes, compartiendo adecuadamente con las comunidades lo que podría ser el generar riqueza en forma sostenible.

El tesoro invisible de las relaciones y de la circulación

Migraciones, relaciones, circulación: ahí estaba cabalmente otro de los puntos que nos interesaba en nuestras visitas a comunidades. El nuevo proyecto quiere facilitar negocios e iniciativas económicas, fomentar inversiones de los migrantes, apoyar la gestión del conocimiento, valorizar los activos intangibles que tienen las zonas: habíamos de detectar las potencialidades existentes a fin de que sirvan de base para nuevos esfuerzos y emprendimientos.

Esto significaba otra vez superar conceptos anteriores y tratar de mirar a las comunidades en forma abierta, yendo más allá de sus fronteras. Es decir dejando la visión localista de una comunidad encerrada en su “territorio” para intentar comprender cómo circula la gente entre el interior y el exterior, cómo circulan los productos, cómo circulan las informaciones, los conocimientos, las ideas, los sueños, cómo circula el dinero.

Ahí descubrimos que la mayoría de comunidades tienen un “tapado”, un tesoro escondido, escondido para los ojos de proyectos e instituciones, medio-escondido a menudo para las propias comunidades. La riqueza de relaciones, de redes de parentesco, compadrazgo, paisanaje, amistades y complicidades varias es impresionante... cuando se le hace visible. Estas redes son usadas para los estudios de los hijos, para comercializar los productos tradicionales y para abrir mercados nuevos, para obtener asistencia técnica y servicios profesionales, para financiar actividades culturales y religiosas, así como infraestructuras, para mejorar el acceso a un mercado laboral temporal que complementa los ingresos agropecuarios, para ayudar en los momentos en que se necesitan brazos, para gestionar y negociar con todo tipo de entidades, para... todo.

Pero es un “tapado”. Está medio escondido. Cada quien lo aprovecha puntualmente cuando lo necesita. No se le ve como un capital que se podría hacer fructificar. Nadie sabe exactamente cuánto tiene ahí que se podría invertir. Esto puede ser un lindo desafío para un nuevo proyecto: no sólo estimular que se aproveche mejor lo visible, por ejemplo los clubes de residentes y sus inversiones-colaboraciones; también brindar oportunidades para que las comunidades desarrollen todas sus relaciones con el exterior, tal como lo hacen con la “asistencia técnica a demanda”, es decir decidiendo ellas, conduciendo ellas, aprendiendo a cultivar todo su “capital externo” y a reinvertir adecuadamente los dividendos.

Lo “residencial” como motor de desarrollo

El proyecto MARENASS trabajaba con “recursos naturales” y las comunidades lo llevaron a “meterse a la casa”. Del fogón mejorado se pasó a ordenar toda la cocina, toda la casa, todo el entorno doméstico. Esto se transformó en un nuevo “eje” que se comenzó por llamar “mejoramiento de la vivienda” y luego “calidad de vida”. Un estudio vino a proponer que se considere la importancia de esa “función residencial” del campo, en complemento de la “función productiva” a través de la cual se le suele mirar.

En nuestro recorrido por comunidades ex-Marenass y no-Marenass pudimos ver que esa “función residencial” puede ser un verdadero “motor de desarrollo”. Si *Santa Rosa* de Huac-Huas, en el suroeste ayacuchano, aprovechó tan magníficamente las oportunidades brindadas por Marenass, es en gran parte porque ya había lanzado su propia dinámica, más de treinta años antes... cuando las familias se movilizaban para crear su poblado y luego para irlo equipando, mejorando. Si *Aranhuay*, en el nordeste de Ayacucho, atrae a sus retornantes de la violencia, es en buena medida porque tiene un

sueño que incluye tanto el mejoramiento de las “condiciones residenciales” como una nueva proyección económica a través de la carretera. Si *Cedro*, en Huancavelica, demuestra haber recobrado algo de confianza en sí mismo es porque los comuneros lograron a pulso su carretera, después de haber desaprovechado por temor o desidia la posibilidad de obtener luz eléctrica.

Así, lo “residencial” nos apareció como un factor clave dentro de los procesos que el nuevo proyecto podría fortalecer. Porque las “condiciones residenciales” son importantes para la autoestima de las personas, de las familias, de las comunidades; mucho tienen que ver con la dignidad de quienes conocen cada vez mejor cómo se vive en las ciudades, en otras regiones; son una motivación importante para querer quedarse, volver, estrechar los lazos, para tener ganas de emprender y hacer en vez de sólo lamentar el sacrificio y pedir asistencia, para movilizar recursos e invertir esfuerzos y dinero en todo tipo de mejoras, de sueños de vida.